



EL PADRE MAESTRO FRAY ANTOLÍN MERINO
CONTINUADOR DE LA «ESPAÑA SAGRADA»

(De la Colección iconográfica de la Real Academia de la Historia.)

VARIEDADES

I

ENSAYO HISTÓRICO DE LA VIDA DEL MAESTRO FR. ANTOLÍN
MERINO, DE LA ORDEN DE SAN AGUSTÍN, INDIVIDUO
SUPERNUMERARIO QUE FUÉ DE LA REAL
ACADEMIA DE LA HISTORIA

Al presentar á la Academia el frágil busto de un individuo suyo, cuya memoria no puede menos de ser grata á sus dignos compañeros, desearía al mismo tiempo ofrecerla una exacta pintura de su espíritu, que, aunque indicado en cuanto lo permite el arte en el busto hecho por el talento artístico de su hermano político, D. Esteban de Agreda, que le conocía á fondo, no es posible expresarle ni con el cincel, ni con el pincel, ni aun con la pluma, de un modo acabado y completo (1). Hácese esto mucho más imposible cuando se trata del hombre verdaderamente virtuoso que quiere más serlo que aparentarlo; del sabio que encubre con el velo encantador de la humildad y modestia el caudal de conocimientos que acumuló á fuerza de estudios y meditación en una larga vida consagrada enteramente á la virtud y á los conocimientos propios de su estado: y esto puntualmente sucede con nuestro compañero el Maestro Fr. Antolín Merino, que nos dejó para siempre el día 22 de Marzo de este año de 1830. Quisiera formar de este hombre, venerable para mí por tantos títulos, un elogio digno de él y del sabio Cuerpo que

(1) El busto de Fr. Antolín Merino no existe en la Academia, pero sí el retrato que acompaña.

me escucha y le admitió en su seno: más aun cuando se hallase en mí el talento necesario para tamaña empresa, ¿cómo podría lograr mi deseo habiéndome él ocultado obstinadamente las noticias necesarias, á pesar de insinuaciones disimuladas á veces, y otras claramente manifestadas, hechas con previsión de este lance en el espacio de veintiséis años de continuo é íntimo trato? Me contentaré, pues, con presentar á VV. SS. una casi descarada pintura, un esqueleto de su vida literaria, como más propia de tan sabia Academia.

Ayueta, una de las nueve villas del territorio de Valdanga, Obispado de León, fué el lugar destinado por la Providencia al nacimiento de Antolín, que se verificó el día 2 de Septiembre de 1745. Fueron sus padres Pedro Merino y Andrea de Relea, su legítima esposa, vecinos y labradores honrados de dicha villa, y más que medianamente abastados de bienes que llaman de fortuna. El día 12 del mismo mes le bautizó é impuso los Santos Óleos D. Clemente Gutiérrez, Párroco del pueblo, dándole por nombre el del Santo en cuyo día nació, que era San Antolín, Patrón de Palencia y de la Orden de San Agustín, según los *Anales* de ésta, señalándole al mismo tiempo por Abogado al Apóstol y Evangelista San Mateo. Perdió á su madre siendo todavía muy niño; pero su padre cuidó de su educación del modo posible en un pequeño pueblo de provincia, haciéndole alternar la asistencia á la escuela con los cuidados domésticos propios de la casa de un labrador. Cumpliendo éstos, se observó que Dios cuidaba de él particularmente, pues habiéndose caído en cierta ocasión de un carro que guiaba, cuando tenía de seis á siete años, y pasándole la rueda por cima del cuello, cuando los que lo presenciaron le creían muerto, hallaron no haber tenido lesión alguna, y le vieron levantarse después de estar un rato sin sentido.

Ya en tan tierna edad se descubrían en Antolín pruebas claras de talento y de virtud. Sentía mucho que le distrajesen de la escuela y de los oficios parroquiales, y en estas dos ocupaciones tenía él sus delicias. Obedecía, sin embargo, á los preceptos de su padre cuando le empleaba en otras cosas; pero por fin le

hizo ver su deseo de estudiar con tales pruebas, que venció su repugnancia y le puso á que aprendiera la gramática latina. Afortunadamente se halló con un maestro que sabía enseñarla y manejar con inteligencia los autores clásicos. En Antolín lo manifestó evidentemente, pues supo inspirarle tal gusto á la buena latinidad; que cuando después tuvo que manejar los autores que escribieron la que llamaban *Filosofía* en un latín semibárbaro le causaban hastío y se le caían los libros de la mano. En sus ejercicios literarios y en los papeles que después tuvo que componer en latín se halla la prueba de esto y de la exactitud con que dijo Horacio:

Quo semel est imbuta recens, servabit odorem testa diu.

(LIB. I, *Epíst.* 2.^a)

Concluído el curso de latinidad á los quince años y viendo su padre lo que podía prometerse de su talento y aplicación, le llevó á Valladolid á estudiar Filosofía, si puede darse este nombre á la que entonces se enseñaba en las escuelas. Emprendióla Antolín con ardor, á pesar de que le costaba trabajo acostumbrarse al estilo, y de quedar su espíritu poco satisfecho de aquellas sutilezas inútiles, de aquella jerigonza de palabras y de aquellos laberintos de equipolencias y distinciones capaces de obscurecer y embrollar al entendimiento más claro y despejado. Pero aun en este fastidioso estudio llegó á sobresalir, y al cabo de tres años se graduó de bachiller en Artes, con aplauso de sus maestros y condiscípulos.

Hallábase ya en edad de elegir estado y de decidirse á seguir una carrera. Su vocación había sido siempre el sacerdocio; pero vacilaba entre el secular ó regular. Las cargas del primero le parecían insoportables; la perfección que exige el segundo, sumamente difícil. Dirigiáse á Dios para el acierto; consultaba á su Director, que era un Religioso Dominicó, y al cabo se decidió por el estado religioso, incierto todavía del instituto que le conviniese abrazar. Parecía natural inclinarse al de su confesor; mas este mismo le dijo en cierta ocasión que sería Agustino. Escu-